

# SECCION DE ARQUEOLOGIA

## LAS OCUPACIONES DE SAN QUIRCE DE RIO PISUERGA: REFLEXIONES SOBRE LA UTILIZACION DEL ESPACIO Y SUS IMPLICACIONES

MIGUEL ANGEL ARNAIZ ALONSO

Recientemente se ha iniciado un proyecto de investigación sobre el Paleolítico Inferior centrado en el área de captación del tramo alto del río Pisuerga. En el presente artículo se recogen una serie de reflexiones vinculadas a la presencia humana en la zona y a la previsible utilización del espacio en los momentos iniciales del Pleistoceno Medio, sugeridas por la coincidencia de varios niveles arqueológicos en el yacimiento de San Quirce de Río Pisuerga<sup>1</sup>. La intención que persigue este artículo, dedicado a la memoria del Prof. D. Alberto Balil, es una aproximación a la problemática suscitada por la cuestión citada y efectuar algunas consideraciones interpretativas que permiten sentar unas bases de actuación de cara a próximos trabajos. Para tal fin, contamos con una información ilustrativa recuperada en la primera campaña de excavación<sup>2</sup>, complementada por otra serie de datos obtenidos de la exploración superficial del área señalada y por observaciones extraídas del medio físico inmediato.

### 1. Localización y rasgos geomorfológicos generales del área

En el extremo noreste de las campiñas terciarias que constituyen la denominada «Tierra de Campos», entre las localidades de Alar del Rey y Herrera de Pisuerga, se distinguen una serie de formaciones superficiales cuaternarias superpuestas al sustrato Mioceno<sup>3</sup>. Las formaciones más notables corresponden a los depósitos de naturaleza fluvial desarrollados por el río Pisuerga. Los restos mejor conservados se encuentran ubicados al suroeste del pueblo actual de San Quirce de Río Pi-

---

<sup>1</sup> En los cortes de una antigua cantera de áridos se han reconocido un total de cinco ocupaciones distintas (ver Fig. n.º 1).

<sup>2</sup> Las excelentes condiciones de conservación de los horizontes arqueológicos, todos ellos en posición primaria, aconsejaron comenzar los planes de excavación del proyecto por este yacimiento. En la primera campaña, realizada en 1988, se investigaron de forma parcial las dos ocupaciones más superficiales, denominadas: Sector I.1 (en la que se excavaron 24 m<sup>2</sup>) y Sector II.1 (en este caso sólo se excavaron 5,5 m<sup>2</sup>).

<sup>3</sup> Los aspectos geomorfológicos y sedimentarios expuestos en este apartado y en el siguiente se basan en comentarios personales de D. Julián Cuesta Romero, geólogo del proyecto.

suerga, comprendidos entre el trazado del río y los relieves mesozoicos que constituyen la prolongación hacia el sureste de la Cordillera Cantábrica (M.T.N. n.º 165).

En este punto se reconocen tres niveles de terrazas dispuestos según un modelo escalonado, con las siguientes alturas de valor local respecto al cauce actual: +110 m.; +50 m. y +30 m., equivalentes a los depósitos: T4, T5 y T6, respectivamente, de la secuencia general establecida para este tramo del río.

Las formas de relieve inherentes a los depósitos de terraza en el tramo alto, son consecuencia del progresivo encajamiento experimentado por la red fluvial. Su origen se encuentra relacionado con el cese de los aportes que determinan los abanicos conglomeráticos-rañas-desarrollados durante los últimos episodios del Plioceno Superior y, quizá, en los momentos iniciales del Pleistoceno Inferior. Este hecho, implica la instalación de una incipiente red fluvial, favorecido, en gran medida, por cambios climáticos. Dicha red, a lo largo del Cuaternario adquiere de forma paulatina una mayor jerarquización, como testimonian las oscilaciones en el trazado del río y la disminución de las llanuras de inundación. Las continuas fases de incisión, así como los repetidos desplazamientos laterales sufridos por el cauce, han contribuido a la configuración de una morfología en la que predominan las formas y perfiles suaves desde ambos flancos del valle hacia el fondo plano, por donde divaga el río; del mismo modo, son las responsables de la creación de depósitos a diferentes alturas, cuya secuencia más completa, formada por siete niveles, se observa en las proximidades de Melgar de Fernamental, con cotas desarrolladas desde: +130 m. a +15 m., terraza alta y baja respectivamente, si se excluyen pequeños escalonamientos situados en las partes inferiores, muy limitados y sin continuidad.

Por último, otra característica que determina la morfología de la zona es la presencia generalizada de cerros dibujando relieves aluviales invertidos, producto de la compacta constitución de los materiales fluviales, que conforman una montera de protección al sustrato Mioceno, fácilmente degradable por los procesos erosivos.

## **2. La sucesión estratigráfica del yacimiento y su significado paleoambiental**

Una oportuna cantera abierta para la extracción de áridos en el nivel de terraza situado a +50 m., permite ver un extenso corte en el que se distingue una sucesión estratigráfica compuesta por depósitos de origen fluvial, culminados por procesos de arroyada (Fig. n.º 1).

La deducción de los cambios en el ambiente deposicional se ha realizado a partir del análisis de los modelados erosivos y deposicionales, como también, del estudio de las facies sedimentarias. La no disponibilidad de análisis polínicos (en proceso de estudio) y la mala conservación de restos orgánicos que permitan contrastar los modelos deducidos, hace que las hipótesis planteadas adquieran un carácter preliminar.

La serie estratigráfica mostrada por los cortes puede ser dividida en dos unidades según sus caracteres principales: Miembro Inferior, cuya formación está ligada a un medio fluvial y Miembro Superior, con un origen en proceso de arroyada.

El Miembro Inferior, se inicia con unos depósitos de barras de canal constituidas por gravas con un bajo porcentaje de matriz arenosa. A continuación, se pasa a un nivel de arenas con gravas finas, decreciendo el tamaño del grano hacia el techo, que cambia dando origen a varios estratos de limos y finalmente a arcillas. En estas capas de arcillas de tonos grises y ocre, se disponen las instalaciones arqueológicas (Fig. n.º 1).

La sucesión de depósitos parece corresponder a un período de clima templado-húmedo que termina en episodios más áridos. Las gravas basales tienen una matriz con tonos grisáceos correspondientes a períodos húmedos con gran aporte de sedimentos, debido a medios con elevada energía. Por contra, el nivel superior, de tonos más ocre y rojizos, presenta una relación con períodos de mayor aridez y con una actividad sedimentaria más escasa. Estos culminan en un relleno de canal por decantación de los materiales finos, manifestado por la capa de arcillas grises que pone fin a una época en la que existió un encharcamiento más o menos prolongado del sitio.

Los procesos deposicionales que dieron lugar a esta secuencia de facies, también apuntan en este sentido. De abajo hacia arriba, se va pasando de un medio más o menos turbulento a otro de aguas tranquilas o con un régimen laminar muy uniforme, y por último, a uno de escasa o nula energía con etapas de oscilación en la altura de la lámina de agua, acompañada por períodos con desecación.

Sobre esta secuencia, se dispone en discordancia erosiva una serie de depósitos de origen coluvial transportados por arroyada difusa, o al menos, en un medio más o menos denso con reducida capacidad de clasificación; en ella se observan varias etapas acumulativas. La génesis de estos depósitos hay que buscarla en una época con reducción de las condiciones de humedad, en la cual el clima se hace más fresco y seco. En consecuencia, desciende el nivel de base del curso fluvial y esto permite la acumulación de aportes laterales constituidos por materiales procedentes, en su mayor parte, de un desmantelamiento de los niveles superiores de terraza.

### 3. ¿La ubicación del yacimiento de San Quirce es parte de una estrategia regional en el uso del espacio?

La presencia de yacimientos ubicados al aire libre con varias ocupaciones dispuestas o no en niveles estratigráficos sucesivos, se documentan en numerosas partes y desde momentos arcaicos. Una serie de ejemplos expresivos se encuentran repartidos no sólo por el continente africano<sup>4</sup> y el Próximo Oriente<sup>5</sup>, sino también

---

<sup>4</sup> Entre otros muchos se pueden citar a título de ejemplo: Gombore I (Chavaillon 1976), Olduvai (Leakey 1971, 1976), Garba IV (Chavaillon y Piperno 1975; Piperno y Bulgarelli 1975; Chavaillon 1976), Olorgesailie (Isaac 1977) y Mwanganda (Clark y Haynes 1970).

<sup>5</sup> Ver: Ubeidiya (Bar-Yosef y Terchenov 1972; Bar-Yosef 1975) y Latamane (Clark 1969).

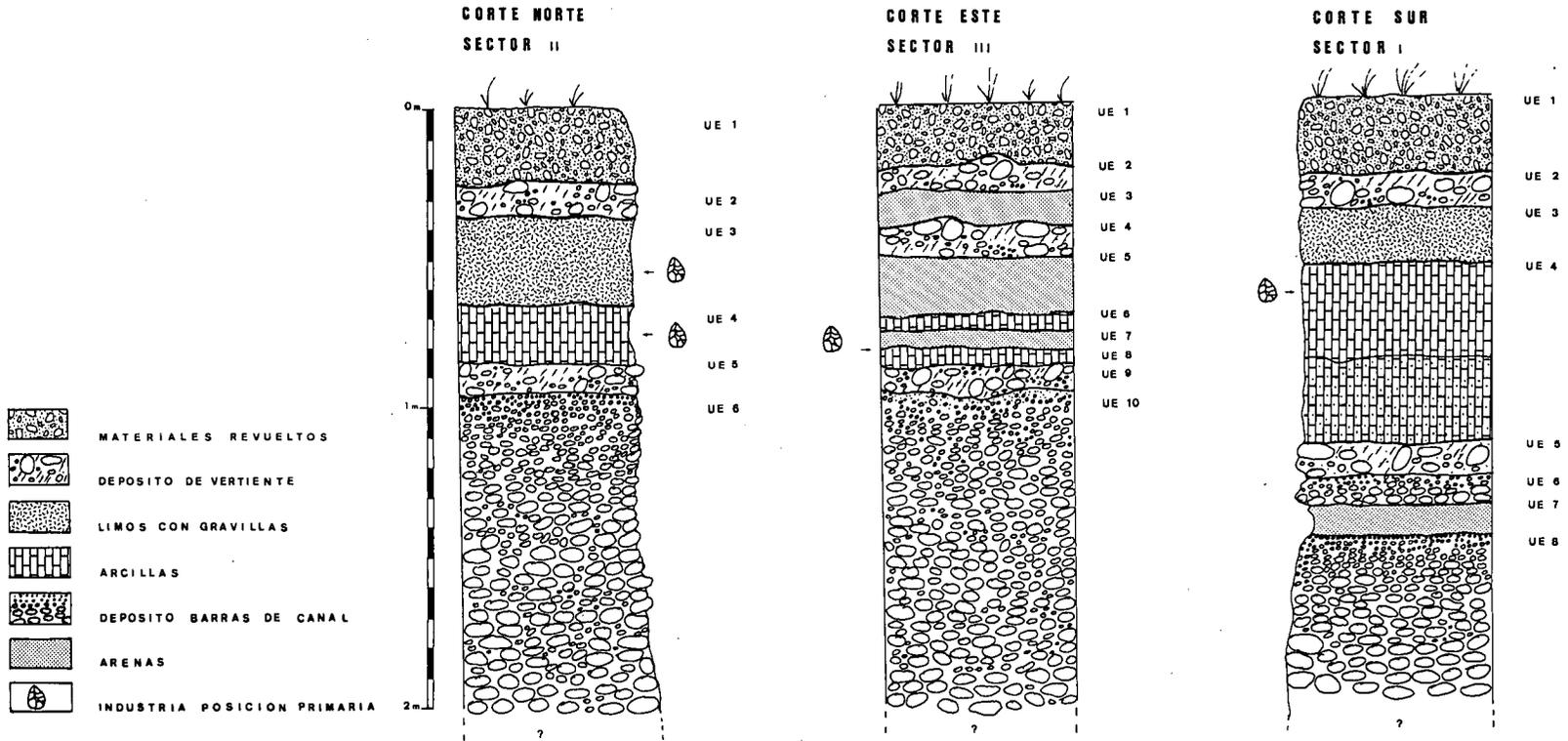


Fig. 1. Detalles estratigráficos de los sectores excavados y de una columna tipo de la pared Este, mostrando la posición de las ocupaciones.

en Europa<sup>6</sup>. La Península Ibérica no es una excepción de estas particularidades como ilustran algunos claros testimonios. Este es el caso de Aridos I (Santonja et al., 1980), o las manifestaciones de la Submeseta Norte, entre las que destacan las bien conocidas estaciones de Ambrona y Torralba (Freeman y Butzer, 1966; Freeman, 1975), e incluso La Maya I (Santonja et al., 1982; Santonja y Pérez González, 1984), enclavada esta última en un nicho ecológico similar al yacimiento que motiva el presente artículo.

Las ocupaciones registradas en San Quirce configuran un asentamiento de rasgos complejos, equiparable a los ejemplos citados por los múltiples horizontes arqueológicos que contiene<sup>7</sup>. El carácter individualizado expresado por las distintas ocupaciones, su posición en la secuencia estratigráfica y la ausencia de diferencias significativas en las series industriales, sugieren unas instalaciones sucesivas, quizá producto de visitas repetidas efectuadas por el mismo grupo. Una de las cuestiones de mayor interés que plantea la citada suposición es determinar que causas han motivado la repetida elección del sitio. Con el fin de tratar de forma más adecuada dicha cuestión, se pueden considerar, como vía de aproximación a la problemática, dos alternativas: 1) la repetición tiene un origen fortuito; 2) o por el contrario, es consecuencia de un comportamiento regulado por normas definidas.

La primera alternativa no parece justificar de manera razonable la constante preferencia por el mismo lugar —vinculado siempre con la llanura aluvial y con sustratos constituidos por sedimentos finos—, ni tampoco la regularidad que parecen tener las ocupaciones, a juzgar por su disposición. La predilección por zonas próximas a cursos de agua y depósitos similares a los registrados en San Quirce se han documentado con profusión en Africa Oriental (Bunn et al. 1980; Isaac 1976, 1984). La preferencia por estos lugares ribereños parece estar relacionada con las grandes ventajas que ofrecen: sombra, protección frente a los depredadores, así como una concentración de recursos, entre los que se encuentran una disponibilidad de materias primas para la elaboración de utensilios. Desde un punto de vista hipotético este conjunto de ventajas podrían hacerse extensibles también a San Quirce, a las que además se debe añadir el potencial de recursos contenidos en un espacio físico inmediato, rico en estratos ecológicos diferentes.

En la figura n.º 2 se expone la ubicación del yacimiento dentro del entorno físico más próximo, acompañado por la delimitación de un territorio ideal (Vita-Finci y Higgs 1970; Jarman 1972). En dicho espacio arbitrario, definido por un radio de 5 Km., se incluirían una gran variedad de nichos ecológicos potencialmente accesibles para una explotación económica rentable: estratos fluviales correspondientes a los cursos y llanuras aluviales de los ríos Pisuerga y Burejo, antiguos fondos de valle —representados por el nivel de la terraza superior (T4)— una porción de campiña que constituyen las zonas de interfluvio de los ríos citados (cotas a 800 m.) y, por último, una parte de montaña (relieve Mesozoico con cotas superiores a 900 m.). Al margen de esta delimitación, pero muy próxima a ella, el valle expe-

<sup>6</sup> Ver: Terra Amata (Lumley 1966); Isernia la Pineta (Coltorti et al. 1982).

<sup>7</sup> El término ocupación se emplea con sentido de manifestaciones arqueológicas conservadas sin modificación posterior a su formación. No hace referencia, por tanto, a la posible función del sitio.

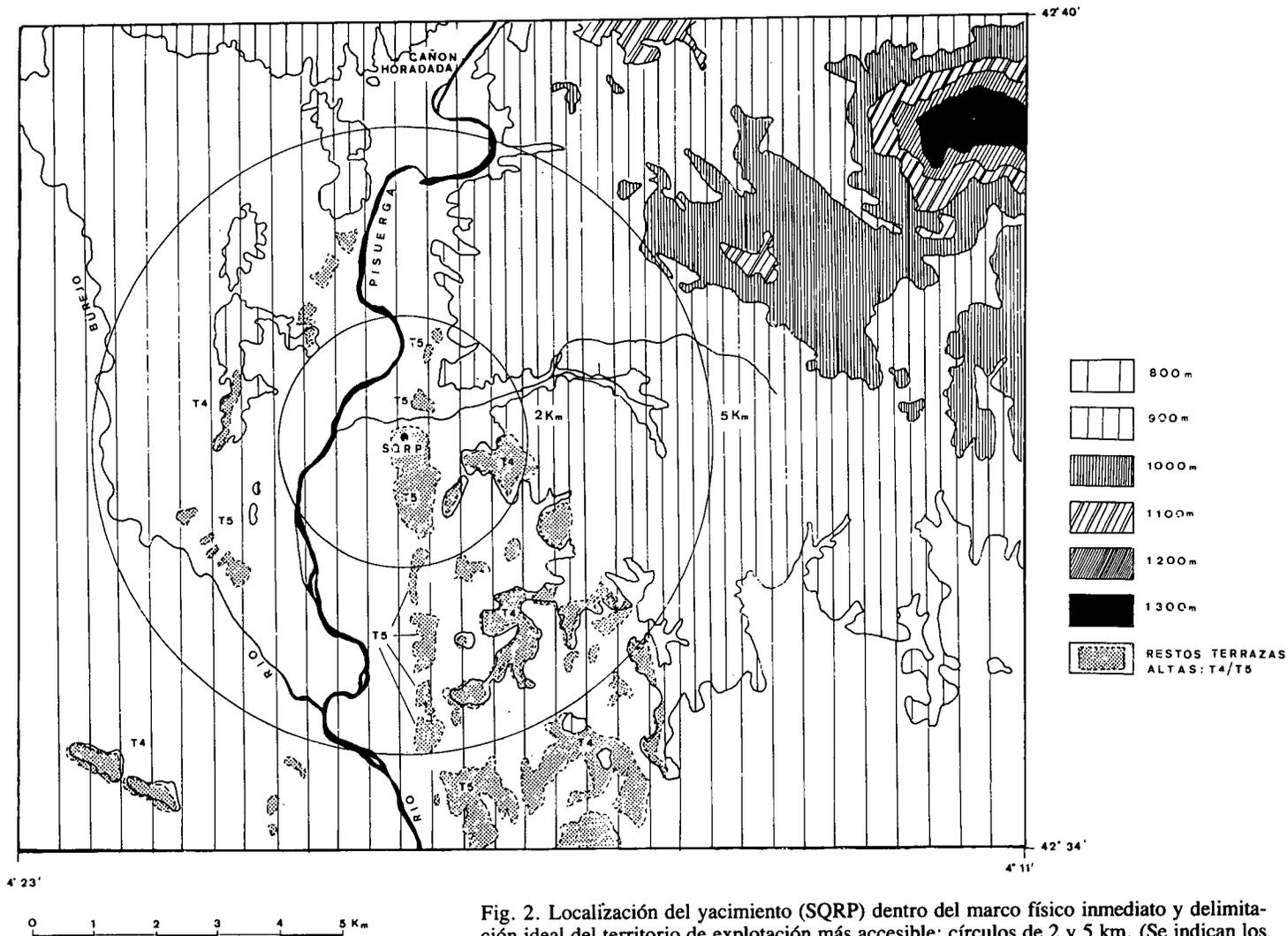


Fig. 2. Localización del yacimiento (SQRP) dentro del marco físico inmediato y delimitación ideal del territorio de explotación más accesible: círculos de 2 y 5 km. (Se indican los restos de terraza conservados sincrónicos al nivel donde se ubica el yacimiento y los anterior-

rimenta un notable estrechamiento producto del contacto entre dos ámbitos físicos radicalmente diferentes: zona cantábrica y Cuenca Sedimentaria del Duero, comunicados por el desfiladero de La Horadada. Sin duda, la ubicación del yacimiento en este lugar tiene una extraordinaria condición estratégica, ya que al acceso cómodo a los recursos abarcables, se debe añadir las condiciones favorables suministradas por la única vía de comunicación Norte-Sur y el control meridional del desfiladero. En efecto, aunque no se dispone de una información precisa para corroborar y valorar en profundidad el posible significado económico que determinaría la configuración del medio natural<sup>8</sup>, no representa ninguna dificultad ver en esta disposición un paso obligado para las comunidades animales. Incluso, cabría suponer movimientos regulares, sobre todo, si se piensa en desplazamientos migratorios. En consecuencia, una deducción simple llegaría a concluir que la localización del yacimiento es ajena a cualquier manifestación aleatoria.

El conjunto de condiciones favorables que reúne este lugar ponen de relieve su gran atractivo, sin embargo, esto no excluye que las ocupaciones sean normalizadas o siguiendo criterios arbitrarios espaciados en el tiempo. La segunda hipótesis establecida recoge dichas cuestiones ya que su aceptación implicaría un uso regular del sitio vinculado con una movilidad del grupo. ¿Existen testimonios a favor de un comportamiento regido por estas pautas?

Las características similares técnico-tipológicas observadas en las series industriales de todos los niveles arqueológicos no aportan argumentos suficientes en este sentido, tan sólo señalan la ausencia de grandes diferencias temporales. Tampoco el tamaño de la ocupación y la acumulación de los restos sirve para este propósito. En efecto, las ocupaciones más investigadas en estos momentos (Sector I.1 y Sector II.1) ofrecen testimonios contradictorios (Arnaíz e. p.) y una sensible diferencia en la cuantía de restos (Tabla n.º 1). La explicación de estas evidencias tan llamativas es difícil, sobre todo, ante la falta de áreas excavadas representativas que permitan articular y jerarquizar de forma adecuada los distintos datos<sup>9</sup>.

Por contra, los procesos deposicionales, anteriormente señalados, suponen disponer de datos más adecuados para valorar esta cuestión. Los niveles con sedimentos finos a los que se asocian las ocupaciones, se han formado en un medio palustre con etapas de oscilación en el nivel de agua, originadas en épocas áridas. La presencia exclusiva de horizontes arqueológicos en estos niveles sugiere que las ocupaciones se han realizado coincidiendo con los momentos de retirada del manto acuoso. Por otra parte, la estrecha relación mantenida entre los estratos naturales y culturales en sus distintas acomodaciones espaciales, invita a pensar en unos cambios periódicos de las condiciones locales, que parecen ser aprovechadas de manera constante por los grupos humanos.

<sup>8</sup> Tanto las ocupaciones excavadas como las exploradas no han aportado ningún resto orgánico. La mala conservación de este tipo de materiales manifiesta una constante en los yacimientos ubicados al aire libre en la región (Santonja y Pérez-González 1984), a diferencia de lo que sucede en las cuevas o en la Submeseta Inferior (Santonja *et al.* 1980).

<sup>9</sup> La superficie excavada en ambas ocupaciones es la siguiente: Sector I.1: 24 m<sup>2</sup>; Sector II.1: 5,5 m<sup>2</sup>. En esta última la reducida porción investigada impide discernir las causas de la acumulación observada. Su llamativa cantidad (ver tabla n.º 1) posibilita no despreciar la existencia de varios niveles superpuestos.

	OCUPACION I.1	OCUPACION II.1
Possible extensión ocupación (1) . . . . .	12 m.	23 m.
Superficie total excavada . . . . .	24 m <sup>2</sup>	5,5 <sup>2</sup>
Cuantía total material lítico recuperado .	709	2.781
Media conjunto material lítico (3) . . . . .	29,54	505,63
Media conjunto productos desbastados (lascas $\geq$ 2 cm.; $<$ 2 cm. y restos) .	23,83	493,81
Media productos desbastados (lascas $\geq$ 2 cm.) . . . . .	16,70	66,00
Media productos desbastados con transfor- mación secundaria . . . . .	1,95	15,81

Tabla 1. Comparación entre las distintas zonas excavadas y los restos industriales más significativos. ((1) según registro en el corte; (2) corresponde a la primera campaña de excavación; (3) relación efectuada según el área excavada).

Este último aspecto se puede reconstruir desde otro punto de vista, en particular, a partir de la información suministrada por una serie de elementos industriales con rasgos muy específicos. En todas las ocupaciones se han recogido una pequeña cuantía de instrumentos realizados en sílex, diferenciados frente a los demás utensilios no sólo por su materia prima, sino también por la elaboración. Dicha materia prima no se encuentra disponible dentro del radio teórico de explotación propuesto para el yacimiento; ni tampoco en los alrededores: entre los componentes litológicos aportados por el río Pisuegra, las o en los relieves mesozoicos. Su lugar exacto de procedencia es desconocido, pero es posible que esté relacionado con los afloramientos calizos Pontienenses que culminan las formaciones de los páramos marginales del límite oriental de la comarca «Tierra de Campos». La distancia desde el yacimiento a cualquiera de estos presuntos lugares es grande. Los sitios más cercanos se localizan a 36 Km. y, en consecuencia, resultan muy alejados para deducir de ello un transporte y explotación organizados desde San Quirce. Un apoyo para excluir esta actividad se encuentra en los planteamientos teóricos y testimonios etnográficos, los cuales rechazan, sobre todo por la desproporción entre el tiempo invertido y la rentabilidad, unas distancias tan grandes (Vita-Finzi y Higgs 1970; Lee 1969, 1972). En segundo lugar, su cuantía reducida y características de elaboración sugieren otra explicación. Cabría atribuir su presencia al trueque o a cualquier otro tipo de contactos establecidos entre los grupos, sin embargo, de nuevo su escaso número no justifica plenamente la adquisición por estas vías. En cambio, parece más razonable asociar dichos materiales con incorporaciones efectuadas por el grupo responsable de la formación de los niveles arqueológicos. Los particulares rasgos ofrecidos por estos utensilios<sup>10</sup>, parecen coincidir, en gran medida, con el

<sup>10</sup> Todos los ejemplares examinados muestran una serie de rasgos compartidos: color, dureza, misma respuesta ante los procesos de alteración y, en ocasiones, la naturaleza de la corteza. Las coinciden-

ritmo más o menos uniforme expuesto por las ocupaciones. Si esta consideración es acertada abriría nuevos caminos interpretativos, dado que expone la utilización de un amplio espacio regional y al mismo tiempo, una gran capacidad de movilidad del grupo por el interior de un territorio, siguiendo itinerarios similares más o menos constantes.

La movilidad a gran escala de las sociedades cazadoras recolectoras por un espacio determinado no ha sido tratada aún con suficiente precisión metodológica<sup>11</sup>. Recientemente Binford (1980, 1983), propone dos estrategias de organización de la subsistencia: «Forager» y «Collector». Aunque cada una de estas estrategias se asocia a diferentes sistemas de asentamiento, sin embargo, ambas implican una movilidad del grupo e incluso desplazamientos, repetidos en ciclos temporales cortos por un espacio definido. Por tanto, dicho comportamiento supone también la reocupación de asentamientos anteriores (Binford 1983).

¿Son aplicables estas pautas a San Quirce y al ámbito físico de la zona? La investigación realizada es aún insuficiente para tratar en profundidad estas cuestiones, sin embargo, el número de ocupaciones registradas, sus contextos estratigráficos y la presencia de los utensilios elaborados en sílex apuntan hacia un comportamiento establecido en dicha dirección, en todos los casos permiten intuir la existencia de un retorno periódico y la explotación de un amplio territorio a partir de patrones definidos.

La información recuperada hasta el momento en San Quirce sitúa sólo dos puntos del presunto territorio potencialmente utilizado. No obstante, de manera razonable se puede esperar que este tipo de conducta involucraría a un número mayor de yacimientos, como da a entender el simple dato de la amplia distancia establecida entre ellos. En este sentido, los resultados de una investigación de mayor envergadura, acometida con propósitos de muestreo, en el área de captación del tramo alto del río Pisuerga, aconsejan tener en cuenta la apreciación indicada<sup>12</sup>. Dentro del dicho ámbito se han podido documentar un número notable de yacimientos atribuibles al mismo momento cultural, según apuntan las características de sus componentes industriales y en algunos casos, su misma posición morfoestratigráfica dentro del sistema de terrazas del río Pisuerga. Quizá, lo más relevante que apuntan los datos obtenidos es una ocupación global del área, puesto de manifiesto en la distribución y diversidad de los asentamientos. En efecto, los yacimientos tienen una amplia dispersión que abarca distintos estratos ecológicos, tanto en grandes ejes fluviales, como cursos afluentes, arroyos, canales y lugares de interfluvios. La variedad de

---

cias permiten pensar en un origen común. Por otra parte, su vinculación con pautas similares de elaboración y su asociación con una intensa transformación secundaria, sugiere un tipo de utensilios especiales. Este último aspecto, realza aún más su condición de elementos aportados ya configurados, sobre todo, ante la ausencia de núcleos y desechos de talla entre los restos recuperados (Binford 1979; Bunn *et al.* 1980; Toth 1985).

<sup>11</sup> El tema ha sido abordado desde los análisis territoriales: «Territorios Anuales» y «Análisis del Área de Influencia» (Vita-Finzi y Higgs 1970); Barker 1972; Bailey Davidson 1983).

<sup>12</sup> El muestreo se ha realizado según los distintos estratos ecológicos de la zona. Las fracciones utilizadas guardan una relación atendiendo a su tamaño: ámbito fluvial del río Pisuerga, ríos afluentes, arroyos, áreas de interfluvio y zonas de montaña.

notada por las ubicaciones se complementa por una heterogeneidad en el tamaño<sup>13</sup>, lo que sugiere la existencia de asentamientos con varios niveles de complejidad, que sin duda, hacen referencia a un uso, tipo de ocupación y duración diferenciadas, como señalan las investigaciones recientes del Este de Africa (Isaac 1981; Isaac et al. 1981; Kroll 1981). Incluso no es despreciable la relación de esta diversidad con formas distintas en la organización de la subsistencia y, por tanto, con la utilización del espacio, según los esquemas que apuntan los estudios con orientación etnoarqueológica (Binford 1980, 1983).

#### 4. ¿Supone el área de San Quirce un lugar estratégico por una acumulación de recursos específicos?

Ante estas últimas consideraciones cabría preguntarse si la distribución de los yacimientos detectados en el conjunto del área y la utilización de un espacio de carácter extenso es consecuencia de una estrategia de subsistencia de amplio espectro. Por desgracia, la información obtenida es muy restringida, incluye tan sólo, los materiales más duraderos e impide contestar de manera afirmativa o negativa. No obstante, se puede proponer que todo ello sea el resultado de un sistema de explotación oportunista de los recursos, en cuya disponibilidad local y episódica, diferente de unos lugares a otros, haya que buscar las causas de los asentamientos y los desplazamientos de los grupos.

¿Estas circunstancias explicarían las repetidas ocupaciones de San Quirce? En líneas anteriores se ha expuesto la ubicación del sitio y señalado los motivos que parecen incidir en su elección no arbitraria. Su excelente situación permitiría explotar con éxito varios nichos ecológicos. Además junto a ello, hay que tener en cuenta otra variable muy llamativa determinada por las características físicas de la zona. Su particular conformación podría facilitar el acceso a la carne aportada por grandes animales.

Sin embargo, aunque la mala conservación de los imprescindibles restos orgánicos impide corroborar y ver el alcance real de este aspecto, unas sugestivas propuestas elaboradas en el Este de Africa para explicar el abastecimiento de carne de grandes animales efectuada por los homínidos plio-pleistocénicos, puede proporcionar un marco de referencia útil para aproximarse a las consideraciones apuntadas. Blumenschine (1986), por medio de analogías documentadas en el cráter del Ngorongoro y la llanura del Serengeti, plantea que las mejores oportunidades ofrecidas a los homínidos se presentan durante las estaciones secas. En esos momentos, se reúnen en las orillas de los ríos y puntos de agua permanentes gran cantidad de herbívoros, sujetos por estos motivos, a una baja movilidad. Esta situación es aprovechada por sus depredadores naturales y como resultado, se origina, dentro de

---

<sup>13</sup> Aunque las evidencias recuperadas son superficiales y, por tanto, están sujetas a múltiples procesos de alteración, se han documentado yacimientos con dispersiones muy contrastadas, que oscilan desde 70 m. de diámetro, a unos pocos metros. De igual forma, estos tamaños no siempre presentan una relación directa con la densidad de materiales arqueológicos.

espacios reducidos, una gran concentración de restos y despojos de carnicería. Los restos presentan además otra serie de ventajas, como tener amplias cantidades de carne y permanecer largo tiempo sin consumir, a causa de la acumulación y la escasa competencia de los animales con hábitos carroñeros. En definitiva, estas condiciones ofrecen grandes facilidades a los homínidos, dado que se puede obtener gran beneficio con poco riesgo. Una situación parecida ha sido apuntada por Davis (1978) para explicar los cambios y variedad de restos faunísticos-especies de sabana frente a ripícolas-acontecidos en Olduvai.

Si unas circunstancias similares se cumpliesen en San Quirce, como parecen sugerir la formación de los niveles geológicos asociados con las instalaciones antrópicas, entonces no resultaría difícil ver en ello el atractivo ejercido por el sitio y, por tanto, podrían entenderse mejor las repetidas ocupaciones. Vinculado a esto último, otra cuestión de interés es la manera de adquisición de los recursos cárnicos. Las propuestas apuntadas señalan que estas condiciones son las más adecuadas para un acceso por medio de prácticas carroñeras. Dicha consideración se apoya en la tecnología rudimentaria de los utensilios: poco eficaces para abatir presas de medio y gran tamaño, pero adecuadas dentro de un sistema oportunista basado en una estrategia carroñera (Binford 1983; Bunn et al. 1980; Isaac y Crader 1981; Toth 1985).

Las manifestaciones industriales recuperadas en las ocupaciones, tanto excavadas como las exploradas, presentan caracteres técnicos y tipológicos atribuibles al Achelense Antiguo regional. Sus rasgos son poco dinámicos, con una deficiente selección y articulación de los atributos, a los que se añade una reducida inversión de esfuerzo en su elaboración (Arnaiz e. p.). Así pues, la extrapolación de los argumentos anteriores a las series industriales de San Quirce, permitiría deducir una operatividad instalada en un medio idóneo y acomodada, según exponen sus rasgos elementales, a múltiples coyunturas favorables, entre las cuales, quizá ocupe un lugar destacado, el aprovechamiento oportunista de los restos de grandes animales abandonados por los depredadores.

## 5. Conclusiones

La serie de aspectos examinados en este artículo sugieren, a pesar del carácter provisional ligado a la investigación inicial, algunas diferencias con el esquema propuesto para explicar la distribución de yacimientos y los movimientos de los grupos humanos pleistocénicos en otras áreas de la Submeseta Norte actualmente más estudiadas (Santoja y Pérez-González 1984). Por una parte, los datos recuperados y por otra, la repetida elección de una misma ubicación, asociada con instalaciones regulares, permiten ver un comportamiento no aleatorio y de características complejas. Dicho comportamiento está en desacuerdo con la idea extendida de una distribución del hábitat más o menos arbitrario o canalizado, de forma preferente, en función de los grandes ejes fluviales. Las ocupaciones de San Quirce ofrecen un ejemplo, aún poco preciso pero sin duda ilustrativo de la movilidad inherente a los grupos. En este caso, los datos evaluados están a favor de la utilización de un am-

plio territorio no condicionado por un determinado nicho ecológico, como puede ser el ámbito inmediato formado por el río Pisuerga.

El retorno al mismo sitio que proponen la serie de evidencias recuperadas, indica no sólo la existencia de un desplazamiento periódico, sino también unas pautas en el uso y control de un espaciado definido, que parece tener relación con un área explotada en un ciclo temporal. Es posible, que dicha área de subsistencia incluyese numerosos yacimientos interconectados y repartidos por distintos nichos ecológicos, muy ligado a una estrategia económica oportunista y de amplio espectro, acorde con recursos disponibles, o bien, accesibles de forma distinta; de la misma manera que según los sistemas de organización de los grupos. La particular conformación del medio físico en las proximidades de San Quirce, parece ajustarse a la idea señalada, donde presumiblemente se podrían concentrar recursos específicos por su naturaleza estacional, cuya explotación quizá supusiera un mayor beneficio y menor riesgo que en otras áreas.

## BIBLIOGRAFIA

- ARNAIZ ALONSO, M. A. (e. p.): «Ocupaciones humanas en el curso alto del río Pisuerga dentro del contexto del Achelense Antiguo: el yacimiento de «Los Llanos» (San Quirce de Río Pisuerga)» *Actas del Segundo Congreso de Historia de Palencia, 1989*.
- BINFORD, L. R. (1979): «Organization and formation processes: looking at curated technologies» *Journal of Anthropological Research*. N.º 35, pp. 255-273.
- (1980): «Willow smoke and dogs tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation» *American Antiquity*, n.º 45, pp. 4-20.
- (1983): «In pursuit of the past. Decoding the archaeological record», Londres.
- BLUMENSCHINE, R. (1986): «Early hominid scavenging opportunities. Implications of carcas availability in the Serengeti and Ngorongoro ecosystems», B.A.R. n.º 283. Oxford.
- BUNN, H. T.; HARRIS, J. W.; KAUFULU, Z.; KROLL, E.; SCHICK, K.; TOTH, N.; y BEHRENSMEYER, A. (1980): «FxJj 50: An early Pleistocene site in northern Kenya», *World Archaeology* n.º 12, pp. 109-136.
- DAVIS, D. (1978): «Lithic assemblage variability in relation to early hominid subsistence strategies at Olduvai Gorge». en D. D. Davis (eds.): *Lithics and subsistence*. Vanderbilt University Publications in Anthropology, n.º 20, pp. 35-86.
- ISAAC, G. (1976): «The activities of early african hominds: a review of archaeological evidence from the time span two and a half to one million years ago», en G. ISAAC Y E. R. Mc.COWN (eds.) *Perspectives on evolution*. Vol. III, pp. 483-514.
- (1981): «Stone age visiting cards: approaches to the study of early land-use patterns», en H. HODDER, G. ISAAC y N. HAMMOND (eds): *Pattern of past*. Cambridge, pp. 131-155.
- (1984): «The archaeology of human origins: studies of the lower Pleistocene in East Africa 1971-1981», en F. WENDORF y A. CLOSE (eds.): *In advances in Old World Archaeology*, Nueva York, pp. 1-87.
- ISAAC, G. y CRADER, D. (1981): «To what extent were early hominids carnivorous? an archaeological perspective», en R. HARDING y T. TELEKI (eds.): *Omnivorous primates: gathering and hunting in human evolution*, Nueva York, pp. 37-103.

- ISAAC, G.; HARRIS, J. y MARSHALL, F. (1981): «Small is informative: the application of study of mini-sites and least-effort criteria the interpretation of early Pleistocene archaeological record at Koobi Fora, Kenya», en *Las industrias más antiguas*. X Congreso U.I.C. Preh. y Prtoh. México, pp.101-119.
- JARMAN, M. (1972): «A territorial model for archaeology: a behavioural and geographical approach», en D. L. CLARKE: *Models in Archaeology*. Londres, pp. 705-733.
- KROLL, E. (1981): «Spatial configurations of artifacts and bones at Plio-Pleistocene archaeological sites in East Africa», en *Las industrias más antiguas*. X Congreso U.I.C. Preh. y Proth. México, pp. 129-146.
- LEE, R. (1969): «Kung Bushman subsistence: an input-output analysis», en A. P. VAYDA (eds.): *Environment and cultural behaviour*. Nueva York, pp. 47-79.
- VITA-FINZI, C. y HIGGS, E. (1970): «Prehistoric economy in the Mount Carmel area of Palestine site catchment analysis», *Proceedings of Prehistoric Society*, n.º 36, pp. 1-37.
- SANTONJA, M. y PEREZ-GONZALEZ, A. (1984): «Las industrias paleolíticas de La Maya I en su ámbito regional», E.A.E. n.º 135, Madrid, 1984.
- TOTH, N. (1985): «The Oldowan reassessed: a close look at early artifacts» *Journal of Archaeological Science*. Vol. 12, n.º 2, pp. 101-120.